



PATAGONIA

Joaquín Ipinza



XXI LA CREACIÓN DEL MUNDO



Desde los oscuros confines de los orígenes, desde el comienzo de los tiempos, cuando sólo había luz y la materia era una ilusión de la energía, todo el Universo ha transitado hacia la belleza, la perfección, el amor, la creación, el equilibrio y la vida.

En ese eterno engranaje de astros y vacíos llenos de magnetismo y éter, existía una pequeña gota azul, hermosa, única, cristalina. En ella se cobijaba la razón de ser del cosmos.

En ella fluían mares que eran inmensos pues eran la continuación de las galaxias que en él se proyectaban, como las estrellas que se reflejaban en las pupilas de las aves que recorrían sus límpidos cielos.

La Tierra era la joya más preciosa del universo, pues había desarrollado vida con una belleza y complejidad asombrosa, la cual ya estaba tomando conciencia de sí misma y abriendo los ojos, como un niño al nacer. El color azul profundo de sus mares contrastaba con el verde de las extensas selvas y bosques, y todo envuelto en una prístina cápsula de nubes y oxígeno.

Y más de cerca se podía ver como esta vida había estallado con las más maravillosas variedades de formas, funcionando en total armonía.

Y los hombres ya se habían levantado sobre sus pies y contemplaban maravillados la creación de donde habían surgido.

Y se comenzaron a hacer preguntas, descubriendo las respuestas en lo más profundo de sus almas, comenzando un viaje interior hacia planos de existencia aun más bellos y superiores, llevando a esa misma creación a niveles de riqueza insospechados.

Esto les hizo desarrollar increíbles capacidades intelectuales y espirituales, y mientras tanto mantenían una vida terrena en total equilibrio con el resto de la biósfera y con sus congéneres, viviendo todos los amores con plenitud, de padres, de hermanos, de amantes, de hijos, sin luchas ni rivalidades.

Pero hace 20.000 años atrás ocurrió algo muy extraño.

Algunos de estos humanos comenzaron a utilizar esas capacidades para un objetivo totalmente distinto por el cual las adquirieron. Descubrieron que para hacer más fácil su vida terrena podían doblegar al resto de la creación, y la gran capacidad intelectual que habían desarrollado durante milenios, se los permitía.

Es así como comenzó una era en que los humanos aprendieron a cultivar, esclavizando a las plantas, y a poseer a otros seres vivos para comerlos en cuanto quisieran, sin tener que hacer esfuerzo por cazarlos.

Esto les alejó de su objetivo como especie, los desvinculó del resto de la biósfera, y los llevó a perder la armonía, tanto con la Creación como con sí mismos, terminando esclavizándose entre sí. Conocieron el ocio, y el exceso de alimento fácilmente obtenido los convirtió en

sedentarios y enfermos. Comenzaron a multiplicarse desenfrenadamente, pues mientras más hijos tuvieran, más poder obtendría cada familia, clan o país. Y creyeron que cuando más dominaban los conocimientos y fuerzas naturales, supuestamente más crecimiento o valor obtendrían, pero no era más que un profundo autoengaño, pues al ir perdiendo sus capacidades, fueron perdiendo el entendimiento del rol que les correspondía como seres dentro del universo, debiendo entonces encontrar un sustituto:

Poder por sobre la Creación.

Y construyeron torres, palacios, castillos y templos, creyendo que con eso demostraban su inteligencia, pero no se percataron que habían abandonado la construcción más importante, la del mundo espiritual.

Pero también hace 20.000 años algunos se percataron del mal que se estaba engendrando, y decidieron huir de ello. Viajaron al Este tanto como pudieron, hasta encontrarse con un barrera infranqueable de glaciares, la cual trataron de traspasar durante centurias, hasta que un cataclismo despejó una ruta, descubriendo una nueva tierra, un mundo intocado donde aún no había llegado el mal.

Cuando arribaron, descubrieron que también ahí podía seguir existiendo esta especie integrada al ecosistema terrestre y al Universo, y que sólo debían fundirse con la naturaleza que los acogió.

Al cabo de algún tiempo reiniciaron el destino original trazado para la humanidad.

Esa tierra, que mas tarde otros humanos llamarían AMÉRICA, era de una belleza aún mayor que la que habían abandonado, y a cada paso se encontraban con valles y montañas cada vez más hermosos.

Y de ahí nuevas generaciones comenzaron a viajar al Sur.

No tardaron en restablecer ese estado de equilibrio espiritual con cada lugar, y a medida que transcurrían los milenios, el continente completo se fue colonizando, siempre hacia el sur, pues a medida que avanzaban en esa dirección, la presencia del hombre le iba dando conciencia a lugares silvestres.

Así llegaron hasta por fin encontrarse con las últimas islas del extremo austral del mundo, donde este humano amoroso también fundó una colonia.

Mientras en el resto del mundo la dominación de los hombres sobre la naturaleza y sobre otros hombres daba lugar a reinos, imperios y ciudades, con su consiguiente cuota de guerras, esclavitud y odio.

Ese nefasto proceso también había prendido en algunos lugares de América, y comenzaban a verse los primeros atisbos de imperios comandados por familias que se autoconcedían el título de dioses.

Pero siempre quedaba la posibilidad de huir al sur, en busca de la pureza.

Pero de eso nada sabían los Yámanas, que ya habían logrado integrarse magistralmente a la naturaleza que los cobijó, más allá de las selvas amazónicas, las estepas patagónicas y la Tierra del Fuego.

Y así continuaron con el camino tan divinamente trazado para el humano desde su nacimiento.

Muy al sur de ese mundo abrió sus ojos por primera vez Celipatencis, un hijo del Universo, quien junto a sus hermanos, padres, abuelos y ancestros entregaban a este diáfano mundo el sentido y la espiritualidad que lo mantenía en contacto y fusión con el resto de los otros mundos vivientes.

Al cerrar los ojos, la mirada salía por la cabeza y volaba hacia otros planetas, lo que era logrado especialmente por aquellos que habían cultivado las potencialidades de la mente.

Celipatencis nació en ese mundo de encantamiento constante.

Y entre las abrigadas pieles con las que su madre lo acunaba, entreveía la soberbia belleza del lugar:

Multicolores glaciares que caían en un mar plagado de islas, todas terminadas en altas montañas cubiertas de bosques y con miles de gigantescas cascadas.

Sentía la gran fuerza de esa tierra, donde rugían constantemente poderosas tormentas, cuyo poder Celipatencis sentía como expresión de su propia vitalidad.

Las estrellas, las piedras, las aves, la lluvia, todo cobraba un significado profundo mas allá de la sola apariencia.

Y todo ello colmaba de alegría a Celipatencis.

Aquí contaremos su historia.

XXII

Celipatencis,

¡no entres tan profundo en el bosque!



Celipatencis estaba absorto escuchando los cantos de las aves, y pese que sabía que para un pequeño Yámana era peligroso adentrarse muy profundo en la selva, siempre se sentía atraído hacia esos lugares.

Su padre también le había enseñado que ellos eran gente de mar y que del bosque sólo tomaban algunos materiales para construir las canoas, chozas y herramientas, o algunos hongos, raíces y frutos, pero era el mar lo que ellos conocían profundamente y al cual le debían el alimento y la posibilidad de viajar constantemente de un lugar a otro.

Pero Celipatencis se sentía llamado a esos lugares.

Sus padres sabían lo que ello podía significar, pero no debían intervenir.

-¡Celipatencis!

¡Crack!, sonó una rama detrás de él, y Celipatencis brincó asustado, y al mirar vio que algo pequeño y que caminaba sobre dos pies huía hacia la negrura del bosque.

Corrió hasta su madre, y con voz entrecortada le dijo:

- ¡He visto a un enano del bosque!
- No entres solo al bosque, dijo su madre.
- ¿Pero que vi?
- No sé, pero creo que lo sabrás algún día.

Y sin dejarle tiempo a hacer más preguntas, terminaron de cargar los últimos pertrechos y zarparon nuevamente en la canoa de corteza, en cuyo interior Celipatencis cuidaba que el fuego no se apagara. Su madre diestramente comandaba la barca, mientras su padre en la proa aprovechaba de acechar con su lanza a algún pez para tener alimento fresco para el día siguiente.

El objetivo era alcanzar alguna de las islas que quedaban al frente de donde se encontraban.

Se acercaba el invierno, el que prometía ser muy tormentoso.

Debían unirse a otras familias para enfrentarlo juntas.

Celipatencis amaba esas travesías pues le llamaban muchísimo la atención los delfines que constantemente seguían y rodeaban la canoa, los cuales parecían tratar de comunicarse con él.

Al acercarse, vieron una clara columna de humo que ascendía desde una de las islas, y hacia allá encaminaron la navegación.

Cuando llegaron ya se estaba construyendo una gran choza.

Celipatencis nunca había visto una de ese tamaño. Sólo recordaba un par de ocasiones en años anteriores la que correspondía a la celebración del Yincihaua.

Y al bajar de la canoa, dos Yáganes que ya había visto en otras ocasiones, se le quedaron observando. Eran de una piel casi transparente, a través de la cual se lograban adivinar las venas y arterias, y despedían un extraño fulgor.

Los profundos ojos sobresaltaron a Celipatencis.

- ¿Quiénes son? - le preguntó a su padre.

-Son Yekamus, shamanes, y tienen un gran poder.

- ¿Qué poder? -, replicó ansioso de saber más.

- Es un don que obtienen al nacer y que después de muchos años de preparación, logran ser parte del mundo espiritual en plenitud, cosa que es sólo percibida parcialmente por la mayoría de nosotros durante nuestras meditaciones. El de la derecha se llama Hatuwencis, y es el más respetado entre todos.

Pero lo siguiente que llamó la atención de Celipatencis era el extenso valle que se abría atrás de las playas de esa desordenada costa.

Y sintió un enorme deseo de adentrarse en la selva y de quedarse acampando en ese lugar un largo tiempo.

- ¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí? -, inquirió Celipatencis.

-Todo el invierno-, le contestó.

Sus ojos brillaron de emoción, deseando que su madre le pidiera lo antes posible acompañarla a recolectar frutos del bosque.

Cuando se preveía que se acercaba un invierno muy duro, varias familias se congregaban para vivir juntas la estación, logrando de esa forma a través de la cooperación mutua salvar las tormentas, el frío y la escasez de alimento. Los hombres así podían organizar partidas de caza, que a veces duraban varios días.

Mientras los bebés pequeños eran atendidos amorosamente por varias madrinas, y se compartía el calor y el alimento adentro de esa gran choza.

Ésta era construida con un entramado de varas en forma de bóveda, cuyas uniones estaban amarradas por juncos. La parte superior quedaba cubierta con pieles y hojas, y los costados se aislaban del viento helado empastando champas de helechos y musgo. Se dejaba una abertura en la parte más alta, para dejar salir el humo pues en el centro de la gran choza ardían hogueras que nunca se apagaban, y que eran constantemente custodiadas.

A su alrededor cada familia disponía de espacio suficiente para dejar sus escasas pertenencias, y acondicionar mullidas camas de hojas y ramas, sobre las cuales se colocaban suaves pieles.

Estos encuentros entre familias permitían a los niños conocer más acerca de su pueblo, mitología y leyendas que eran contadas durante las largas noches de invierno por los más ancianos.

Celipatencis escuchaba con total atención y emoción esas historias que hablaban de seres mitológicos, de los gigantes habitantes de la gran isla o de los terribles hombres caníbales de los canales del norte.

De esas historias se extraían fábulas y enseñanzas que servirían para el resto de la vida de los pequeños, y eran la primera forma en la que adquirirían conocimiento, que más adelante sería completado a través del largo proceso de iniciación.

Cuando Celipatencis ayudaba a su madre a recolectar en el bosque, ya se había acostumbrado a la presencia de esos pequeños seres, a los que no les tenía miedo pues algo le decía que estaban ahí no por hacerle daño, si no que sólo le observaban, como si cuidaran de él.

A su madre ni a nadie lo comentaba, pues había captado que era algo que no podía revelar.

Al día siguiente de la llegada Celipatencis fue con su madre al bosque, y en la medida que se adentraban, los familiares sonidos del mar se iban desvaneciendo, dando lugar a una atmósfera absolutamente distinta. El suave sonido del follaje, las pequeñas cascadas de los arroyuelos y el canto de los pájaros sonaban como una hermosa y pacífica armonía.

Y de tanto en tanto nuevamente percibía la presencia de esos pequeños seres, que a veces parecían ser invisibles, pero Celipatencis lograba captar algo así como el reflejo que causaban sus cuerpos contra las hojas o el agua.

Ya no le contaba a nadie de ellos, pues había entendido que solo él podía sentirlos, y era una pérdida de tiempo tratar de mostrárselos a alguien más.

Usualmente recorrían cerro arriba un caudaloso arrollo que pasaba cerca de la gran choza, pero jamás se alejaban más de un kilómetro de la playa.

Celipatencis sentía que algo habitaba en la cascada que le daba origen.

Ya entrado ese invierno, una ocasión en que fue con su madre a recolectar al bosque, ella le

pidió que regresara a él a buscar un cesto con hongos que había olvidado.

Celipatencis caminó hasta el lugar, pero no logró vencer la tentación de subir más alto, y mientras trepaba entre las rocas se percató que esos seres le seguían a corta distancia, casi ya no importándoles que él pudiera descubrirlos.

Cuando llegó a la cascada, vio que el agua resplandecía misteriosamente. Al acercarse más con asombro descubrió que la luz provenía de una cueva oculta.

Tras pasó cuidadosamente la cortina de lluvia y se encontró con una amplia caverna bañada de una intensa y cegadora luz, que no le dejó ver casi nada, hasta que logró adivinar unas siluetas sentadas en círculo, desde las cuales provenía ese resplandor.

Casi cae al suelo del impacto que le causó esa visión, pero sintió una voz en su cabeza que le dijo dulcemente que no tuviera miedo y que se acercara al centro del círculo.

En la medida que pudo volver a ver, se dio cuenta que estaba sentado Hatuwencis junto al otro yekamus que vio en la gran choza, además de varios otros que jamás había visto.

A preguntarse de donde habían venido, nuevamente la voz le contestó que venían de lejanas islas a conocer al nuevo aprendiz.

Una vez en el centro del círculo, le contaron que la cueva completa estaba llena de figuras de luz espiritual que flotaban en el aire. Ballenas, guanacos, peces, y toda clase de seres también estaban ahí.

La voz le dijo que ellos también habían llegado a conocerlo, y que eran los espíritus de los animales.

Entonces una de las figuras se puso de pie y le dijo al niño: no tengas miedo, solo necesitamos saber algo de ti.

Y suavemente tomó su mano.

Y Celipatencis sintió que la luz que brotaba de ese yekamus también lo invadía a él. Y las paredes de la cueva desaparecieron, quedando todos suspendidos en el aire, mientras en lo alto una estrella de ocho puntas parecía ver lo que ahí ocurría.

Y por fin pudo ver uno de esos pequeños seres que por tanto tiempo se habían escondido de él: era un espíritu tutelar o cowanni, los que eran asignados a cada Yámana para su protección espiritual. Y un tipo especial de ellos, el yefacel, era asignado a cada Shamán.

Finalmente, la voz le dijo: hoy comenzará tu aprendizaje.

XXIII LA GRUTA DE MÁRMOL



Las corrientes profundas hacen de corredores que las ballenas usan para desplazarse a más velocidad, y para una tonina era un desafío llegar a una de ellas.

Zasaret estaba en ello cuando sintió tras de ella un sonido que le hizo devolverse rápidamente a la superficie: Era un grupo de ballenas jorobadas en plena pesca. Al emerger de un brinco tomó aire y se sumergió inmediatamente, pues no deseaba perderse un segundo de ese increíble espectáculo.

Las ballenas estaban nadando en círculo, expeliendo una cortina de burbujas, y en la medida que lo hacían, iban estrechando este círculo, de manera que se iba formando un cono de aire de vértice inferior, el cual comenzó a ascender, dejando atrapados en su interior centenares de peces. Justo antes de que este

como emergiera, las jorobadas tomando un gran impulso, con sus grandes bocas abiertas, salieron a la superficie atrapando entre sus fauces esos deliciosos peces, quedando un instante suspendidas en el aire. A Zasaret le causaba mucha impresión cómo esos enormes animales lograran saltar fuera de agua a tanta altura, por lo que siempre que podía buscaba en las rutas migratorias estos grupos de cetáceos. Más de alguna vez había logrado infiltrarse para robarles algunos peces atrapados por ellas.

Pero esta vez algo distinto ocurrió, pues una se desprendió del grupo y se dirigió directamente hacia ella, lo que en un primer momento le asustó, pero tras un dulce y largo gemido, la ballena le dio a entender que tenía un mensaje que darle:

Debía comunicarles a los hermanos orcas, toninas, delfines australes y todas las ballenas posibles que debían enviar un representante, el más evolucionado espiritualmente entre cada especie, para reunirse el solsticio de verano en la gran Gruta de Mármol, pues los seres pensantes del mar tenían que estar al tanto de los extraños acontecimientos que estaban sucediendo.

Y sin decir más, el grupo de ballenas se alejó de ahí.

Para una pequeña tonina como Zasaret le pareció una enorme responsabilidad lo que se le había encomendado, y faltaba poco tiempo para el solsticio.

Pero lo que una tonina sí tenía era rapidez, y capacidad de comunicación, pues el agua convertía una palabra en un mensaje que podía escucharse a gran distancia. Sin embargo, aún así era una meta muy difícil de lograr, pues era una gran distancia a cubrir e innumerables los fiordos y canales que debía sortear.

Zasaret era una joven tonina muy especial, pues desde que nació era percibida distinta a las demás. Realizaba proezas en el agua nunca vistas, las cuales llenaban de asombro y también de envidia o resquemor al resto. Por ejemplo, después de mucho empeño había logrado remontar río arriba un torrente, hasta llegar a una laguna, cosa jamás vista por otra de su especie. Claro que ello le significó fuertes golpes contra las rocas del río, pero como recompensa pudo deleitarse con peces de sabores totalmente distintos a los que estaba acostumbrada.

Pero era mirada con desconfianza por las demás, temiendo que sus arriesgadas aventuras incentivaran a los más pequeños a hacer cosas similares.

Todos estos experimentos la habían convertido en la tonina más veloz de todas, por lo que la petición de esa ballena no pudo haber sido hecha a alguien más indicado.

Entonces comenzó a recorrer los canales, pidiendo ayuda a los otros seres del mar para cumplir con la misión. Primero se encontró con un grupo de Orcas, quienes aceptaron buscar a la orca mayor, y así continuó con el resto de las especies.

Una vez que terminó su tarea, fue a alimentarse a las lagunas río arriba como era su costumbre.

Pero su inquieto espíritu y curiosidad le torturaban la mente con preguntas como:

¿Por qué habían llamado a los principales?

¿A qué extraños acontecimientos se refería la Jorobada?

Así que decidió actuar contra las reglas como siempre y se fue hacia la Gruta de Mármol, llegando ahí antes del solsticio.

Se ubicaba al fondo de una bahía que era custodiada por tres orcas.

No había forma de traspasar el cerco, pero se fijó que uno de los costados de esta bahía estaba conformado por una estrecha lengua de tierra rodeada por agua por ambos lados. Después de estudiar el terreno decidió arriesgarse y saltar sobre las rocas y los árboles de esta franja en un sector donde parecía ser más delgada.

Ya lo había hecho antes en roqueríos de baja altura, pero esto realmente iba exigir un enorme esfuerzo. Y tomando un gran impulso, con todas las fuerzas de su ser, aprovechando la energía de una ola, saltó como un ave, y sintió que el espíritu del albatros la ayudaba. Y los animales del bosque sorprendidos vieron como Zasaret volaba entre las ramas dejando una estela de fulgurante agua tras de sí.

No fue detectada por las orcas, por lo que pudo esconderse bien y así enterarse de lo que ocurriría en la reunión.

Ella sabía que en esa gruta en los solsticios algo especial pasaba, lo que era otra motivación para estar ahí.

La gruta también exigía un gran cuidado al nadar, pues el sistema de orientación se confundía totalmente con los múltiples ecos que se producían en las paredes de mármol.

Y llegaron dos jorobadas, reconociendo Zasaret a la que le había encomendado el mensaje. Luego entró una gran orca, llena de cicatrices y de temible aspecto. En seguida reconoció a la tonina mayor, con quien muchas veces había llegado a parar para ser reprendida por sus locas acciones. Y así se iba completando el grupo.

Hasta que por fin arribó la Ballena Azul, produciéndose en la concurrencia un silencio reverencial.

Se acercaba el medio día y con asombro Zasaret vio cómo de la parte más alta de esa gruta comenzaba a entrar un rayo de sol, el cual comenzó a llenar cada espacio de ella, reflejándose en miles de colores que acrecentaban aún más las vistosas vetas de roca. Y el agua comenzó a emitir una intensa luz verde azul, que pronto iluminaría hasta el supuesto seguro escondite de Zasaret.

Al darse cuenta intentó salir de ahí, pero un solo gemido de la Gran Ballena Azul la hizo

paralizarse, siendo obligada a quedarse en el rincón donde se había escondido.

Pero los cetáceos no tenían tiempo para esas pequeñeces, pues la ballena migratoria comenzó a relatar sobre extraños sucesos en el mar hacia el norte, un sentir que algo terrible iba a pasar y que iba a afectar principalmente a los seres pensantes de la tierra, los Hombres. Pero era imposible determinar más información, pues muchas cosas ocurrían tierra adentro, por lo que no podían prestar ayuda desde ahí. Por ello decidieron, a través del espíritu de la Gran Ballena, contactar al más poderoso shamán entre los hombres, con el fin de que reuniera a los más importantes shamanes del Sur en un Concilio, donde podrían establecer qué oscuros designios se aproximaban.

E invocaron a los ancestros para poder encontrar a ese gran shamán, el cual se podía reconocer por su poderosa aura. Y entraron todas en un profundo trance, expeliendo al unísono una fuerte llovizna de agua, que salió por el agujero donde entraba el sol, transformándose en una nube con forma de ballena, la cual voló por el cielo, hasta que dio con ese shamán, pero con la sorpresa de que aún era un niño y que no había sido siquiera iniciado.

No había otro Shamán en el sur que se le pudiera siquiera parecer en poder, ni siquiera los del extremo de la Gran Isla, por lo que las ballenas decidieron que no había mejor opción. Debían entonces convencer a los Shamanes que debían formar lo para hacer de él lo antes posible un yekamus, de manera de poder llevar adelante su delicada misión.

Pero algo perturbaba el ambiente, el presagio de un accidente en el mar que le podría causar la muerte a ese niño, por lo que decidieron dejarlo al cuidado de una ballena, ¿pero cual?

Y ahí la Tonina Mayor miró a Zasaret.

Y todo el resto comprendió.

Era la más rápida, intrépida y la única que podía seguirlo por todos lados, incluso hasta río arriba

Zasaret se dio cuenta del gran error que fue ir hacia ese lugar, pues ya no tenía escapatoria, pues ni más ni menos que el cónclave la eligió para esa misión.

XXIV TRANCE



Ser niño Yámana era sinónimo de jugar, reír, cantar, arrojarse al agua resbalando por las rocas, y esa condición de alegría no se perdía jamás, aunque se fuera un anciano.

Las familias siempre estaban juntas, y el padre se ausentaba sólo algunas horas cuando salía de caza. Tenían mucho tiempo libre, el que utilizaban para jugar, cantar, bailar, meditar y quererse entre sí. Desde pequeños los padres les enseñaban a compartir, a conocer el entorno y a respetar a la creación.

Esto creaba una sensación de gran seguridad, pues era tal el grado de conocimiento de este pueblo con su medioambiente, que no había razones de temer, pues si la noche era oscura, ellos eran parte de esa noche; si rugía una tormenta, ellos vibraban con ella.

También estaban muy acostumbrados al frío, por lo que vestían sólo un taparrabos y una capa de piel.

Su mundo era de mar disperso en islas y canales.

Pero tenían gran temor de alejarse de ese mundo de total seguridad, y de hecho el peor castigo que podía esperar a un Yámana que hubiera actuado mal, era simplemente quedar desterrado y solo.

No se aventuraban jamás por largas distancias por tierra, y menos entrar a la gran isla del norte, habitada por cazadores gigantes veloces y temibles, los Onas.

Por el noroeste vivían otros hombres, que también se desplazaban por el mar en canoas, pero los Yámanas les tenían terror, por su fama de despiadados caníbales.

Pero Celipatencis sabía que, si se mantenía junto a los suyos en ese mundo austral que tanto amaba, su vida transcurriría siempre en ese estado de plena felicidad.

El encuentro con los yekamus había sido absolutamente inusual para un niño pequeño como él, y se suponía que sólo eran instruidos como loila-yekamus, o aprendices, quienes ya hubieran tenido su iniciación.

Le habían pedido guardar el secreto para no despertar inquietud en la gente, pues fue una orden directa del espíritu de la Gran Ballena, quien le debía encomendar una misión.

Cada tres días debía acudir a la cascada, donde se encontraba con uno o dos shamanes.

Lo que primero le hicieron experimentar es la capacidad de concentración. Pintaban sus cuerpos absolutamente de blanco con cal, y se sentaban frente a frente, y con los ojos cerrados, abandonaban todo pensamiento.

Durante todo ese tiempo Celipatencis vio cómo su capacidad de concentración iba en aumento.

Su piel lentamente empezó a cobrar un cierto fulgor, como si su interior lleno de luz lograra atravesar una dermis cada vez más delgada.

Al regresar a la gran choza, los Yámanas comenzaron a sospechar que algo ocurría con él, lo que despertaba asombro, pues nunca ningún niño de su edad había iniciado los pasos para convertirse en yekamus.

Celipatencis veía como el tiempo que pasaba con su familia se hacía cada vez más corto, lo que le producía muchísima pena, pero también sentía una gran emoción el percatarse cómo sus capacidades de sentir el otro mundo iban en aumento. Como si comenzara a despertar de un sueño, descubriendo otra realidad paralela.

Un día los Yekamus se reunieron nuevamente con él, pero esta vez iba a ser sometido a una gran prueba.

-Ahora que has terminado la primera fase de tu aprendizaje creemos que estás listo para intentar un ver espiritual o “asikaku”.

-No debes tener miedo, aunque sientas que es un viaje sin regreso, siempre podrás volver a tu identidad física.

Entonces iniciaron una meditación profunda, y guiado por los yekamus, a pesar de estar con los ojos cerrados, logró ver a través de sus

párpados, cuya piel ya era totalmente translúcida.

Pero la imagen que recibía, a pesar de reconocer en ella a la gruta y a los shamanes que estaban en él, también comenzaron a delinearse otras figuras, algo confusas al comienzo, pero que estaban ubicadas entre los otros yekamus, como si fueran parte de la reunión, en ellos pudo al fin reconocer algunos animales, pero que despedían luz igual que los shamanes.

Y en un momento todos se volvieron a verlo, y se produjo una gran conmoción, iniciándose una fuerte discusión entre todos, animales y shamanes, y Celipatencis no podía entender lo que decían, y comenzaron a alzar la voz, y los ojos de cada uno de ellos parecían despedir destellos.

A medida que las voces subían de tono, las paredes de la gruta comenzaron a vibrar, y el agua de la cascada entró en ebullición, para luego congelarse súbitamente.

Hasta que se sintió una gran voz que parecía venir de lo profundo del mar, ante lo cual sobrevino un gran silencio, y el yekamus guía indicó a Celipatencis que volviera al estado natural.

Abrió los ojos, y notó la cara de sorpresa en los otros shamanes.

Hatuwencis le dijo:

-Nadie jamás en su primera vez intentando un ver espiritual había siquiera notar la presencia de los otros shamanes, por lo que se reveló el tremendo poder que tu tienes. Ello causó una gran sorpresa entre todos, y por un momento reinó el miedo, pues algo se sabe de una gran amenaza que se aproxima, y algunos pensaron que eras tú, lo que motivó esta discusión.

Celipatencis quedó estremecido, especialmente por el impacto que le produjo escuchar la poderosa voz del mar, y temblorosamente preguntó:

- ¿Y que fue eso que se escuchó al final?

-Intervino el espíritu de la Gran Ballena, lo que no ocurría desde tiempos remotos.

- ¿Y qué dijo?

-Nos hizo ver que tú eres la única salvación frente a lo que se aproxima, y que debes hacer un viaje a la punta mala, sólo, para encontrarte con ella, pues se te encomendará una misión.

Celipatencis mientras caminaba de regreso a la gran choza, comenzó a sentir un profundo temor a separarse de su familia, y pensaba que todo esto era un mal sueño ¡si era tan sólo un niño!

Además, que aún no había participado en la ceremonia de iniciación, o yincihaua, por lo que menos aún podría ser iniciado como shamán.

Y vio a lo lejos a sus padres, y el sólo pensar que los dejaría de ver le produjo un enorme pesar, echándose a llorar desconsoladamente. Sólo tenía diez años.

Una de las más importantes pruebas que debía cumplir era lograr levitar sobre su cuerpo, separando su espíritu de su materia.

Una noche mientras sus padres dormían junto a él, intentó realizar el ejercicio tal como se lo habían enseñado sus maestros, cerró los ojos e inició una profunda meditación, que le llevó a un estado de trance.

Comenzó a ver a través de sus párpados las paredes de la choza, y sintió la cercanía de sus padres, percibiendo desde el fondo de sus almas el gran amor que le profesaban.

Pero en un momento oyó un zumbido muy extraño y una especie de crepitación que

recorría sus huesos. Sintió miedo al principio, pero recordó las palabras de Hatuwencis quien le dijo “el mundo espiritual es nuestro mundo, cuando estés ahí sentirás tu verdadera identidad”.

Ello lo alentó a continuar.

Y sintió como se elevaba suavemente para llegar a la parte más alta de la choza, cuyas paredes casi se desvanecían. Y vio como las hojas de los árboles que le rodeaban comenzaban a fulgar, adivinando como la savia subía por los troncos, llevando vida a las hojas, vida que provenía desde las raíces que se hundían en una tierra vibrante y luminosa. Y las hojas comenzaron a moverse, y el tiempo pareció acelerarse, y se pronto se hizo de día, Los ramajes parecieron incendiarse de energía ante la llegada de la luz, la que bajaba por los troncos a la tierra, iluminando todo.

En un momento Celipatencis se dio cuenta que estaba flotando a cinco metros sobre el piso, entre las copas de la vegetación.

Se concentró aún más, y ya sin miedo quiso adentrarse en la tierra misma, girando su ver espiritual hacia abajo.

El tiempo dejó de existir y sólo sentía la fuerza de la vida abriéndose paso.

Una fría roca se comenzó a cubrir de líquenes de luz, los que fueron desmenuzándola,

transformando su inerte composición, en millones de seres, sobre los cuales fueron creciendo helechos y arbustos, luego árboles, a medida de lo cual también se hicieron evidentes insectos y aves, animales, y de pronto vio su imagen reflejada en la tierra.

Abrió los ojos y todo estaba en paz. Sintió la suave respiración de sus padres.

Había llegado el fin del invierno, y las familias ya comenzaban a prepararse a partir en diferentes direcciones y continuar con su vida nómada en el mar. Había continuado su preparación con los yekamus, a los que se les habían unido otros de lugares más remotos, pues todos los esfuerzos se habían concentrado en preparar al niño shamán y su misión.

Un día vio como Hatuwencis hablaba con su padre, quien sólo asentía con tristeza con su cabeza.

Cuando varaba una ballena muerta, se producía una ocasión ideal para realizar ceremonias de larga duración, pues la carne y grasa que se extraía de ella podía alimentar a un gran número de personas por al menos un mes, sin

que tener éstas que dedicarse a la caza y recolección en ese periodo.

Ante el aviso del varamiento de una ballena en Lapataia, los Yámanas decidieron realizar una reunión para conocer al nuevo loila-yekamus y realizar además un encuentro de poderes.

Es así que partieron junto con sus familias a esa reunión, excepto él, quien iría sólo, embarcándose junto a la familia de Hatuwencis.

Fue en ese minuto que realmente se percató de la importancia que era para todos la misión que tenía por delante, pero ello se contraponía con la angustia de separarse de sus padres.

El día de la partida los abrazó largamente, pensando lo largo que era un mes lunar, pero trató de no llorar frente a ellos para no darles tristeza.

Se subió a la piragua y se alejó de ellos. Nunca sospechó que pasaría muchísimo tiempo antes de volverlos a ver.

Después de varios días de navegación, avistaron Lapataia, donde ya se había construido la choza ceremonial.

Lo Yekamus vestían sus tocados de plumas y habían pintado sus cuerpos de blanco.

Aquella noche entraron a la choza ceremonial y se sentaron en círculo, con las piernas estiradas, los brazos cayendo rectos a ambos lados, la cabeza apoyada en un madero blanco que servía de almohada y quedando separados unos de otros con una estaca. Iniciaron un canto profundo que comenzó a llevarlos a todos a un estado de trance, iniciando el asikaku.

Celipatencis en las enseñanzas que había recibido aprendió que con mucha práctica no sólo se podía ver el otro mundo, si no que desprenderse del cuerpo terreno e ingresar a él.

Con su mayor esfuerzo sólo había logrado separarse unos pocos metros de su pequeña humanidad, y había visto con admiración cómo Hatuwencis y los otros yekamus podían flotar en el aire del otro mundo.

Eran alrededor de 20 Shamanes reunidos y era el único loila-yekamus, y lo que iba a ver sólo lo habían observado quienes ya habían sido iniciados.

Apreció cómo dos de ellos, luego de hacerse una mutua reverencia, se separaron de sus cuerpos y comenzaron a emitir una fuerte luz violeta, para luego elevarse por los aires.

Y la choza desapareció, y los bosques que rodeaban el lugar se tornaron translúcidos, dejando ver las rocas de las montañas.

Y el agua del mar se tornó invisible, dejando ver los peces y el florido fondo.

De pronto Celipatencis se dio cuenta que todo el círculo de yekamus también estaban en el aire, a una gran altura, casi al ras de las cimas nevadas.

Y los dos comenzaron a moverse muy rápido hasta que de pronto hicieron un fuerte contacto, del cual se despidió un gran destello blanco, saliendo ambos disparados hacia atrás. Uno de ellos fue hasta el mar y comenzó a girar sobre sí mismo muy rápido, creando un torbellino de aire y agua en torno a sí, lanzándose contra el otro a toda velocidad.

Su contrincante respondió emitiendo un fuerte rayo de luz desde su pecho, chocando con violencia la columna de agua, produciéndose una gran explosión, sumiéndose todo bajo una blanca bruma.

En la medida que se disipó todos retornaron a su estado natural, y ambos contrincantes se veían sin rastros de agotamiento o heridos por la épica contienda que habían entablado.

Esa era una forma de medir las capacidades de cada yekamus, y era una lucha que no causaba ningún daño material ni espiritual, pues todo regresaba a la normalidad.

Era primordial que Celipatencis aprendiera de ellos pues la única forma de hacerse valer como shamán era desafiando a otro en una lucha espiritual.

Todas las tardes se sucedieron esos encuentros, a los que se sumaban otros en los que los yekamus debían hacer gala de su capacidad de influir, a través del mundo espiritual, en el material, por ejemplo, devolviendo la vida a una flor marchita o controlando el viento.

También aprendió a comunicarse a través del lenguaje espiritual, el que permitía establecer conversaciones con shamanes de pueblos de lenguas desconocidas, pues en ese plano no era necesario articular palabras, sino que los conceptos se transmitían libremente de mente a mente. Por ello es que incluso podían

comunicarse con los cowanni o espíritus de la naturaleza y de los animales.

Luego de varias semanas de intenso aprendizaje, los Yekamus le dijeron:

-Ahora deberás viajar a la punta mala, donde te encontrarás con la Gran Ballena, y así te convertirás en yekamus.

Se embarcó junto con otros seis en tres piraguas y zarparon.

XXV LA GRAN BALLENA



Viajaron por varios días, hasta que llegó a un punto en que debía seguir solo.

Vio como se alejaban los cinco acompañantes, pero él era solo un niño y entendió que iba ser imposible remar hasta el punto de reunión. Y comenzó a llorar desconsoladamente, y recordó a sus padres, y se encontraba realmente abandonado en la inmensidad.

Pero de pronto sintió que algo golpeó su piragua.

Y de pronto vio como emergía una sombra desde el fondo del mar y voló sobre él.

Era una tonina que sorprendentemente trataba de comunicarse.

Y de pronto se percató que intentaba mover la embarcación.

Celipatencis intuyendo lo que pasaba, le arrojó una cuerda de fibras, la que fue tomada con la boca por la tonina, que emitió una serie de sonidos, apareciendo al poco rato varias más que se unieron en el esfuerzo de tirar.

Y en el mar se vio la figura de un niño dirigiendo una canoa que lucía como un carruaje arrastrado por delfines, que rápidamente le acercaron al temible Cabo de Hornos.

Y pasaron las horas, viajando a una gran velocidad. En poco tiempo había recorrido una

distancia que hubiera tomado varios días a un experimentado navegante. Hasta que finalmente el cansancio de todos estos días le hicieron caer profundamente dormido.

Zasaret había sido instruida en la misión de escoltar a ese niño hasta el fin del mundo, para lo cual pidió que le ayudaran otras toninas. Se turnaban para llevar la piragua por los canales. Pero ya en el mar abierto debieron todas juntas intentar estabilizarla, pues olas gigantescas se formaban en el tempestuoso espacio que separan las islas del archipiélago de Cabo de Hornos con la Antártida.

Ya doblando el Cabo de Hornos, tratando de alcanzar un lugar donde el pasajero pudiera desembarcar, apareció una gigantesca pared de agua que venía desde la oscuridad de la noche estrellada.

Todas hicieron su máximo esfuerzo, pero en vano, pues la frágil embarcación fue arrastrada a las rocas, saliendo despedido por el aire su pasajero.

Zasaret horrorizada al ver esto, realizó una arriesgada maniobra. Se arrojó contra las rocas a las que se dirigía el cuerpo del niño, y usando su cuerpo como escudo impidió que se azotara contra ellas.

Sintió como recorría su espalda un afilado canto rocoso que se enredó en su aleta dorsal despedazándola. Soportando el intenso dolor trató de ver al niño, y vio como trataba de nadar, hasta que las otras toninas lo socorrieron, llevándolo a un sector donde pudiera trepar el acantilado.

Su misión estaba cumplida, el peligro había pasado y se fue lastimosamente de regreso a una bahía protegida a recuperarse de sus heridas.

Celipatencis cayó pesadamente de espaldas y vio el cielo estrellado y se acordó de sus padres que quizás estaban viendo el mismo espectáculo, que era poco frecuente pues la mayor parte del tiempo estaba lloviendo.

Le llamó la atención una estrella en particular que reconoció pues parecía emitir ocho brillantes rayos. Comenzó a recobrar la conciencia del lugar en que se encontraba y que estaba empapado y casi congelado.

Se incorporó y se vio sobre un abrupto roquerío donde se azotaban gigantescas y negras olas las cuales comenzaron a tornarse cada vez más grandes

Pero ellas comenzaron a despedir un fulgor verdeazulado

Y sintió una tibia brisa.

Y las olas se transformaron en una suave niebla que acariciaba la Punta Mala.

Intuyó que se aproximaba el momento de su reunión.

Entonces recordó lo que le habían enseñado los yekamus y comenzó a meditar.

Y el mar se abrió dejando libre un canal desde donde emergió el espíritu de la Gran Ballena, dando un gigantesco salto, pero desde el cual no bajó quedando suspendida en el aire a pocos metros de Celipatencis

Entonces ella habló:

-Teníamos que estar seguros de que fueras capaz de llegar hasta aquí pues esta noche iniciarás una larga travesía donde correrás peligros aun mayores.

-Pero porqué yo, soy muy pequeño y aun no termino mi aprendizaje- replicó Celipatencis.

-No queda tiempo. Hay una gran conmoción en el mundo espiritual y es preciso que se reúnan los shamanes del sur en un concilio, para así descubrir que ocurre... Esa es tu misión.

-Pero como lo haré, inquirió el niño.

-Simplemente demostrando lo que eres.

-Pero si solo soy un pequeño Yámana. Como voy a hablar con esos terribles gigantes de la gran isla.

-No temas. En el mundo espiritual demostrarás tu poder.

-Y como los encontraré, como los reuniré.

-Solo comienza buscando al profeta de la Gran Isla.

-Pero ni siquiera puedo navegar pues mi piragua se destrozó.

-Sigue escalando y arriba te espera Hatuwencis.

- ¡El está muy lejos tardará días en llegar! -, respondió Celipatencis.

-Cuando regreses al mundo terreno verás que ya transcurrieron dos días con sus noches- explicó la Gran Ballena.

Terminado esto volvió a su cuerpo físico y el sol estaba brillando sin ninguna nube.

Trepó y efectivamente estaba su maestro esperándolo.

Regresaron a Lapataia y llegó el momento de la partida. El suponía que regresaría donde sus padres, pero el tiempo se acababa, debía iniciar el viaje lo antes posible.

Lo equiparon con un morral con pescado ahumado, bayas frescas y un bolso de cuero con pigmentos para que pintara su cuerpo. Junto a ello una bolsita especial llamada "akanu" que contenía un pedernal "sewali" y otro "kipa", que ambos al frotarse despedían chispas con las cuales se encendía fuego, que era un elemento vital para sobrevivir en esa época y lugar. Además, llevó consigo su haxapel, que era una corona de plumas empleada en las ceremonias y meditaciones.

Le dieron indicaciones por cuales senderos debía ir para encontrarse con los gigantes Onas.

Y una mañana partió solamente acompañando por Hatuwencis.

Iniciaron la caminata por la costa para luego continuar adentrándose por la orilla de un lago.

Al dejar de escuchar el ruido del mar sintió una sensación de angustia que jamás sufrió en sus frecuentes excursiones tierra adentro.

Caminaron todo el día solo deteniéndose a descansar junto a algún arroyo y comer trozos de pescado y beber agua.

En la noche improvisaron una choza y prendieron fuego.

Nunca había pasado una noche lejos del mar y nuevos sonidos de animales y aves nocturnos inquietaron su sueño el cual estuvo plagado de terribles gigantes, senderos imposibles y algo muy oscuro que se aproximaba por el norte.

Luego siguieron recorriendo el sendero que se internó por profundas gargantas flanqueadas por una gran cadena de montañas.

Al quinto día llegaron a un lugar desde el cual se abría un amplio valle donde a lo lejos se atisbaban dos columnas de humo.

Entonces Hatuwencis dijo:

-Hasta acá te acompañaré. No es bueno que te vean con un adulto pues eso puede desatar la ira de los gigantes. En cambio, si ven a un niño solo, es más probable que te lleven con ellos. Creo que les despertará curiosidad ver a un pequeño abandonado tan lejos del mar.

Dicho esto, se dieron un abrazo y Hatuwencis le obsequió un bello tocado de plumas shamánico.

Hatuwencis tomó el camino de regreso y Celipatencis comenzó a descender al valle.

Mientras cayeron algunas lágrimas desde sus grandes ojos y sintió una terrible soledad y un deseo irresistible de volver con sus padres. Pero entendía lo importante de su misión, quizás la más importante que haya tenido un yekamus, lo que lo impulsó en seguir avanzando.

XXVI EL SHAMÁN



Casi al caer la tarde, de pronto un ruido de pasos alertó al pequeño Yámana, escondiéndose.

Vio por fin a un joven gigante Ona corriendo por el sendero aproximándose a una velocidad impresionante.

Faltaban solo trescientos metros para que llegara donde él cuando fue interceptado por un ser aun más grande con una cabeza horrenda y alargada, y que media al menos dos metros. Su cuerpo era cruzado por gruesas líneas rojas verticales.

Se trenzaron en una violenta lucha en la que el ente no tardó en someter al Ona aplastándolo contra el suelo.

Celipatencis pensó primero en huir alcanzando a Hatuwencis en Lapataia pero seguramente ellos ya habrían zarpado a su llegada.

Pero el monstruo se fue, perdiéndose en la distancia dejando amarrado y magullado al Ona.

Entonces pensó que era una buena oportunidad de hacer contacto con él.

Se acercó sigilosamente y cuando el caído lo vio ambos lanzaron un grito de terror.

Haciéndose de todo el valor que le quedaba, se agachó y suavemente fue deshaciendo los apretados nudos de cuero que aprisionaban al joven gigante.

Cuando finalmente lo liberó cerró los ojos esperando algún terrible golpe que el Ona le podría propinar. Pero en su lugar escucho tras de sí el pavoroso bramido del monstruo que corría hacia ellos.

El Ona de un salto se levantó y comenzó a huir frenéticamente gritando ¡shoort! ¡shoort! El pobre niño no pudo seguirle el paso presentándose como fácil presa de la bestia. Pero el Ona se detuvo pues vio el peligro en que se encontraba su salvador y de un aventón subió al pequeño a los hombros. Celipatencis no podía creer estar cabalgando sobre un gigante de la Isla Grande, el que parecía volar

sobre el terreno. De un brinco pasaba sobre rocas o grietas que hubieran significado a un Yámana un gran esfuerzo salvar.

Y corrió sin descasar por al menos media hora hasta que estableció con el monstruo una considerable distancia.

Al rodear una colina se encontraron de lleno con un gran campamento Ona desde el cual ascendían las columnas de humo.

Al verlo todos los Onas que allí se encontraban exclamaron con asombro ¡un yagan del mar!

Y una multitud lo rodeó.

Y el joven lo dejó en el suelo. Y a pesar de que no conocía el idioma por sus gestos comprendió que el Ona explicó a los demás haber sido liberado por él.

Entonces Celipatencis vio que era momento propicio para revelarse como shamán y sacó de su morral el tocado de plumas colocándoselo en la cabeza con toda la ceremonia y elegancia que su evidente susto le permitía.

Y todos los gigantes que le rodeaban se largaron a reír.

Y el niño a punto de llorar continuó con el ritual pintando su rostro de blanco con el pigmento de cal que traía consigo. Eso hizo reír aun más a la gente.

Hasta que irrumpió en el lugar un anciano cuya sonrisa no le disimulaba la gracia que le causaba ver al pequeño disfrazándose de shamán.

Pero cuando vio que se preparaba para una lucha shamánica decidió seguirle el juego para divertir al resto.

Y se colocó su tocado que lo identificaba como máximo shamán de su tribu.

Cerró los ojos al tiempo que el Ona hacia lo mismo.

Y se encontraron solos en el mundo espiritual y sentados frente a frente en la cima de una montaña.

El anciano se sorprendió encontrar que el espíritu del niño fuese capaz de ascender a ese lugar vedado solo a verdaderos shamanes.

Y solo para probar le lanzó un certero golpe.

Pero lo esquivó con facilidad respondiendo con una violenta patada que hizo que el Shamán

saliera disparado por el aire cayendo en las aguas de un lejano lago.

Había sido entrenado en las artes de las luchas shamánicas durante los dos meses que permaneció en Lapataia superando incluso a sus maestros, pero él siempre pensó que le dejaban vencer.

Por eso se asombró con lo que había hecho lo que se transformó en temor al ver como el Ona antes desprevenido había tomado conciencia del poder de su oponente y se disponía a responder ferozmente al ataque.

Y en el centro del lago comenzó a formarse un gran remolino desde el cual emergió la temible figura del Shamán encolerizado.

De varios saltos llegó a donde estaba y comenzó a asestarle una lluvia de golpes. El niño casi no podía contener el ímpetu de su oponente hasta que un violento golpe lo lanzó por los aires chocando con una pared rocosa que se partió con el fuerte impacto quedando incrustado en la piedra.

El Shamán Ona sintiéndose vencedor pero asombrado como un niño pudiese haberse enfrentado a él, se disponía a regresar al mundo terreno.

Mientras Celipatencis derrotado de pronto recordó su misión y era imperativo ganarse el respeto de ese Shamán.

Entonces vino a su memoria la historia de un yekamus que en una lucha shamánica había dominado el mar.

Dispuesto a hacer el último esfuerzo salió de la roca.

Se paró de frente al mar y levantando los brazos hizo que se formara una gran ola.

Cerró los ojos y utilizó al máximo su poder espiritual. Por ello no se dio cuenta que imprimió tanta fuerza a su hechizo que todo el mar fue absorbido por esa columna de agua. Y aun más junto con ello se desprendió y levantó la corteza terrestre del fondo dejando escapar el magma de la tierra creándose un torbellino de fuego y agua de kilómetros de alto el que fue arrojado con furia por Celipatencis contra el Ona.

Cuando vio lo que había logrado sintió temor por su adversario pues a pesar de que estas luchas no producían ningún daño real, era inusitado el poder que se había desatado.

Mientras en el mundo terreno el cielo se había oscurecido y para el asombro de quienes

observaban a los dos shamanes en posición de meditación, el cuerpo de Celipatencis comenzó a brillar mientras un fuerte viento aullaba entre las montañas.

El Shamán Ona evidenció con pavor lo que se le aproximaba, pero justo antes de ser impactado vio como un niño de luz se interponía como un escudo entre él y la ola ígnea.

Celipatencis sintió una gran compasión por el Ona gigante que al fin y al cabo era solo un hombre, como los Yámanas.

E inconscientemente ese sentimiento hizo que la ola se transformara en una lluvia de flores. Mientras esto ocurría se miraron y a través del lenguaje espiritual le contó de su misión y que su primer paso era encontrar al más grande shamán Ona de la Gran Isla.

Pero Halimink, el shamán Ona, le dijo que él no era a quien buscaba, si no que era el profeta Haush Tenenesk, y la única forma de contactarlo era yendo a las Montañas Resbalosas en la Isla del Oriente. Entonces le dijo que le daría toda su ayuda para encontrarlo. También le aclaró que ellos no se llamaban a sí mismos como Onas ni Haush, si no que Selk'nam.

Ambos abrieron los ojos simultáneamente y varios de los cazadores jóvenes estaban listos a saltar sobre él temiendo que se trataba de un nuevo tipo de shoort.

Pero solo una palabra del shamán Halimink los hizo retroceder dando luego instrucciones para que acogieran y alimentaran al pequeño.

Comió con gusto la carne de guanaco asada que le sirvieron pues hace días que solo comía pescado ahumado.

Luego le prepararon un lugar junto a la fogata y por un momento antes de dormir creyó estar de regreso con sus padres.

En la mañana Halimink lo condujo a una gran choza donde lo esperaban los adultos de la tribu.

También estaba ahí Lioren, el joven Selk'nam con el que habían huido del shoort.

De improviso ambos fueron inmovilizados por los adultos haciendo su aparición el mismísimo shoort aullando y bramando con horror.

Ambos se pusieron a gritar aterrados tratando de soltarse y huir, pero de pronto todos comenzaron a reír a carcajadas incluido el

shoort, quien se puso con la cabeza baja y en cuclillas frente a ellos mientras los soltaban. Halimink les dijo que le tocaran la cabeza al hacerlo descubrieron que se trataba de una máscara.

Se la sacaron y el joven sorprendido vio que se trataba de su propio padrino.

Entonces Halimink les contó el secreto de la ceremonia del “Hain” y con eso el joven junto con Celipatencis fueron iniciados como Selk’nam.

Halimink alistó a un grupo de los mejores cazadores para que le llevaran al extremo oriental de la Gran Isla.

Tendrían que cruzar las tierras o “haruwenes” de otras tribus lo que había que hacer con cuidado para no herir susceptibilidades.

Decidieron formar dos grupos

Uno a la vanguardia iría estableciendo contacto con los habitantes de cada haruwen, y cazando para proveer de alimentos al grupo.

Celipatencis iría atrás y tendría que ser llevado en hombros por turnos pues las cortas piernas de un pequeño Yámana no estaban hechas para viajar largas distancias por tierra.

Comenzaron viajando por un antiguo sendero que recorría el valle hacia el oriente y luego se internaba por las montañas por tupidos bosques de lenga.

Cada cierto tramo debía vadear ríos lo que los Selk'nam hacían con desagrado e incluso Celipatencis adivinaba en sus rostros una clara expresión de temor.

Los Selk'nam dividían a la isla grande en dos reglones. Parik correspondía a las agrestes y boscosas montañas del sur este y Hersk eran las amplias planicies del nororiente.

Los Selk'nam de las montañas evitaban transitar por las ventosas praderas. Preferían hacerlo por los protegidos y frondosos bosques de Parik.

Y sus vecinos de Hersk gustaban del campo abierto por lo que nunca se internaban por las accidentadas tierras de Parik.

Por eso la ruta elegida por el grupo de Selk'nam montañeses fue por la cadena de cumbres que se extiende por el extremo sur de Tierra del Fuego.

Para Celipatencis era un alivio saber que caminaban cerca del mar y que quizás detrás de esas montañas del sur estaban sus padres.

En las noches los mayores relataban historias sobre el misterioso lugar donde se dirigían al que llamaban tierra de brujos. Halimink contó que los Haush que allí habitaban vivían en la Gran Isla desde tiempos inmemoriales, incluso antes del gran cataclismo que separó a la Gran Isla de la tierra del norte.

Dijo que ellos habían enseñado a los Selk'nam el dominio de los poderes de la mente y que casi la cuarta parte de la población Haush eran shamanes sabios o profetas, siendo estos últimos, shamanes y sabios a la vez.

Había conocido el gran poder de Celipatencis, pero le dijo que iba a necesitar mucho más si quería imponerse sobre el más grande profeta Haush.

A medida que se acercaban al extremo oriental los Selk'nam se tornaban cada vez más temerosos lo que se sumaba al hecho que las montañas se iban haciendo cada vez más bajas, dejándolos expuestos a los fuertes vientos de la Patagonia.

Una tarde al décimo día de travesía los cazadores regresaron con expectación por lo que habían visto.

Guiados por una columna de humo avistaron un campamento Haush.

Se habían acercado sigilosamente hasta descubrir con sorpresa que se trataba de un concilio que reunía al menos cincuenta shamanes todos en posición de meditación y que se estaba generando una increíble carga espiritual que incluso estaba alterando las nubes las que se habían abierto dejando entrar un rayo de luz que caía directamente sobre los cuerpos pintados de los Haush.

Kotaix, uno de los exploradores, contó que uno de ellos volteó la cabeza clavándole una mirada con unos ojos profundos que a él le parecieron haberle escudriñado lo más profundo del alma y que la sorpresa les hizo huir de regreso. Entonces Halimink al oír esto pensó por unos instantes y dijo:

- Celipatencis fue muy inteligente al acercarse a nosotros solo.

-Un niño no representa ninguna amenaza por lo que mañana temprano continuará solo-, y a

través del lenguaje universal de las señas se lo hizo saber.

Y agregó:

-Nosotros estaremos aquí por tres días por si necesitas ayuda, pero después deberemos regresar para llevar carne fresca a nuestras familias.

En la mañana despertó temprano con temor frente a lo que se avecinaba. Nuevamente tendría que ir solo al encuentro de esta vez un montón de sombríos brujos. Era más difícil que pudiera darse la ocasión de ayudar a alguno de ellos como lo hizo con Lioren y así establecer contacto.

Halimink le dio las últimas recomendaciones y para darle confianza le insistió que ellos eran humanos como nosotros, pero su voz no parecía ser muy convincente.

Caminó lentamente hasta que dejó muy atrás al grupo, ya estaba absolutamente solo de nuevo, únicamente se escuchaban sus propios pasos, una suave brisa y los cantos de algunas aves.

El bosque empezó a ralearse hasta que desapareció casi por completo, siendo

reemplazado por una gran pradera. Eso le hacía sentir aún más expuesto e inseguro.

Se detuvo al medio día a comer trozos de carne que habían cocinado la noche anterior, y ya estaba echando de menos el sabor de los peces, encontrando el gusto de esa carne de guanaco demasiado fuerte y la consistencia le parecía un cuero seco.

Se preguntaba cuanto faltaría, pues según los Selk'nam el campamento estaba solo a algunas horas de caminata, pero él podía avanzar sólo a un tercio de lo que lo hacía un gigante cazador y no quería encontrarse caminando de noche por el país de los brujos.

Eso hizo que apurara el tranco a más no poder.

El sendero se perdía en la lejanía del pastizal, el cual con el viento ondeaba como si fuera el mar, lo que le hizo pensar a estar navegando en su piragua. En un momento divisó muy a lo lejos algo como árboles en el camino. Al acercarse se fueron definiendo las figuras de varias personas. Se detuvo y dudó en seguir, pero él se sabía observado por ellos y si hubieran querido hacerle daño no hubieran tardado en alcanzarle. Por lo que respiró hondo y siguió avanzando, esta vez lentamente.

Cada vez las figuras se hacían mas claras. Estaban vestidos por suaves pieles de guanaco, median casi dos metros de altura, y estaban ataviados con tocados que los identificaban como shamanes. Ya estaba a solo cien metros y pudo adivinar en sus rostros las pinturas rituales y el gran porte y sabia mirada de esos Haush. Caminó a lentos pasos hasta que estando a corta distancia de ellos, se voltearon y comenzaron a caminar desde donde venían.

Celipatencis entendió que era un claro ademán para que los siguiera, pues además lo hacían de manera de no dejar atrás a pequeño Yámana.

Los siguió por un largo trecho hasta que avistó el campamento donde parecían aguardar al menos media centena de personas, hombres y mujeres, ataviados ceremonialmente. Estaban dispuestos en un círculo, el cual se abrió para dejar pasar a Celipatencis y su escolta, y sin decir una palabra lo dejaron al centro del grupo.

Lo miraron todos fijamente lo que hizo sentir un escalofrío, pero no sentía temor, había algo en ellos que le decía que le estaban esperando. Se sintieron unos murmullos y finalmente se acercó uno de ellos y le dijo en idioma Yámana:

-Sabíamos que ibas a venir.

-El profeta Tenenesk predijo la llegada de un gran Shamán, pero no esperábamos que fuera un niño, pero estamos de acuerdo en que desde tu espíritu se siente un inusitado poder, inclusive mayor que el que se siente desde un profeta.

-También nos dijo que tenías una misión, pero para poder demostrar si realmente eres digno deberás subir a las montañas de la Isla del Oriente y encontrarte con él ahí. Solo unos pocos lo han logrado, y entre todos los Haush vivos sólo lo ha hecho Tenenesk. Hacia el te llevaremos.

Subieron una colina, y el sol estaba bajando detrás de ellos y el cielo empezó a fulgar de colores rojizos intensos, y de pronto, al alcanzar la cima, vio un enorme océano que se abría delante.

Había llegado al final de la gran isla, y más allá se alcanzaba a visualizar a lo lejos una isla de altas y verdes montañas.

Era la Isla del Oriente, que mas adelante sería llamada Isla de los Estados.

Entonces recordó que no tenía piragua.

Un Haush le dijo que se sentara y que debía ascender a la más alta cumbre de la isla, pero en el mundo espiritual. Esa isla la que era llamada por los Haush como “Jaius”, y era coronada por una cordillera extraordinariamente rocosa y agreste, casi siempre rodeada de una misteriosa neblina.

En el mundo espiritual era representada como la “cordillera de las raíces” o “Keoin Hurr”. Más allá en el infinito estaba el centro del Este o “Wintek”, que se consideraba como “la matriz de todo lo que existe”.

Se consideraba que de esa montaña se podía obtener un gran poder shamánico, siempre y cuando se pudiera cruzar el mar hirviente que le rodeaba y acceder a la cima de la terrible Cordillera de las Raíces, pues más arriba residía Pémaulk, la fuente del poder universal.

Ahí comprendió, debía encontrarse con Tenenesk en ese terreno y enfrentarse a él en un terrible combate. Esta vez sí que dudaba se ser capaz de vencerle, pues era el más grande shamán de la Isla Grande, el más grande entre este pueblo de seres casi mitológicos.

Pero no le quedaba más alternativa, sacó su tocado, pintó su rostro y comenzó a meditar, mientras los Haush prendían una hoguera pues ya caía la noche.

XXVII LA TRAVESÍA



Comenzó su meditación, cerró sus ojos y lentamente reapareció ante sí la isla, pero esta vez en el mundo espiritual.

Pero antes vio alrededor suyo como los espíritus de los shamanes que le acompañaban refulgían de una diáfana luz y proyectaban rayos que se sumergían en la tierra, se interconectaban entre ellos y se elevaban a las estrellas impregnando a esta tierra de brujos de un elevadísimo nivel de energía espiritual, naciendo de esta interacción entre hombres y tierra una nueva forma de vida superior.

Entonces se reconcentró en su objetivo y se desprendió de su cuerpo físico iniciando un

suave vuelo cruzando sin dificultad el mar hirviente hacia la Isla del Oriente.

Alcanzó fácilmente la orilla y pensaba que no iba a ser difícil alcanzar la cima más alta donde suponía le esperaba Tenenesk.

Pero apenas encumbraba su vuelo para ascender la empinada ladera de la montaña, una indescriptible fuerza de gravedad lo lanzó al suelo.

Entonces no tuvo más alternativa que iniciar la ardua tarea de escalar palmo a palmo.

Ascendió por varias quebradas hasta que alcanzó un murallón casi vertical.

Con pies y manos se aferró a la roca y pensó que era imposible subir.

Pero recordó lo importante de su misión y usando el máximo de concentración logró alcanzar una arista mientras un fuerte viento parecía que en cualquier momento le iba a hacer caer.

Siguió ascendiendo siempre a punto de despeñarse.

Pero al cabo de horas de lucha alcanzó la cima cayendo rendido de bruces.

Era tal su agotamiento que ya daba por perdido cualquier enfrentamiento con el mítico Tenenesk.

Pero al elevar la cabeza se dio cuenta que no había nadie allí.

Estaba sólo en esa alta meseta azotada por el viento.

Pero instintivamente levantó la vista al cielo pues sintió que algo muy grande pendía sobre él y vio algo sorprendente:

Era una enorme montaña en forma de cono que yacía suspendida en el aire a una gran altura, pero lo más sorprendente era que estaba volteada al revés, es decir la puntiaguda cima apuntaba hacia abajo y la base miraba al cielo sobre la cual crecía un tupido bosque.

¿Acaso allá arriba le esperaba Tenenesk?
Aun si lograra subir hasta la punta de la montaña su ladera invertida la hacía imposible de escalar
Pero si Tenenesk subió debería de haber un camino, pensó.

Se puso a correr en círculos brincando lo más alto posible pero apenas se separaba unos centímetros del suelo.

Pero en su afán no se percató que su cuerpo espiritual había comenzado a resplandecer hasta que un fuerte rayo salió de sí conectándose con la gran energía que envolvía a ese mágico lugar.

Y sintió como su mente se fundía con una conciencia superior y que su espíritu se hacía parte de la isla y la montaña en el aire.

Entonces fue envuelto en un manto de rayos flamígeros, separándose del suelo y volando alcanzando en pocos instantes la zona del bosque superior, en cuyo centro, flotando sobre la copa de un árbol, estaba Tenenesk. Entonces se acercó a él esperando iniciar una monumental lucha shamánica. Pero en su lugar Tenenesk le miró y con una suave y profunda voz dijo:

-Soñé con un lugar sin bosques ni animales y todo estaba cubierto de piedras donde deambulaban extrañas bestias.

-Y los hombres se afanaban en alimentarlas con un veneno que sacaban de lo profundo de la tierra.

Y guerreaban y se asesinaban entre sí por la posesión de ese veneno, el que una vez en la superficie mataba todo a su paso y cuando se vertía en el mar lo dejaba convertido en un cementerio de cadáveres.

-Estas bestias lo quemaban en sus estómagos convirtiendo el aire en una negra nube que enfermaba a los mismos hombres y que lentamente iba tornando a la tierra en un desierto candente.

-Creo que este sueño tiene que ver con la gran perturbación que ha tenido el mundo espiritual y lo que está por ocurrir.

-También sabía de la llegada de un gran shamán desde los canales del sur. Por eso subí aquí. Sólo alguien con un gran poder espiritual sería capaz de llegar hasta acá.

Entonces Celipatencis le contó de su misión y preguntó:

- ¿Por qué yo, un pequeño niño Yámana, fui el elegido por la Gran Ballena?

Tenenesk respondió:

-En el sur está la pureza. Desde antaño los hombres han viajado al sur buscándola.

-Y los Yámanas son los habitantes más australes del mundo por lo que no extraña que hayas sido tú el elegido y simplemente tu misión demanda muchísima urgencia por lo que no se podía esperar a que crecieras y maduraras.

Y continuó:

-Creo que la Gran Ballena fue muy sabia al juntarnos, pues buscar y reunir en un concilio en el mundo terreno a los shamanes del sur es una misión extraordinariamente difícil.

-Pero en el mundo espiritual ellos emiten una enorme energía por lo que son fácilmente identificables en este plano.

-Por eso debemos unir ahora mismo nuestros poderes e iniciemos un viaje para convocar a los shamanes para que acudan al concilio. Juntos lo veo más posible de lograr pues será una travesía llena de peligros por un mundo desconocido donde es probable nos encontremos con oscuros espíritus que pueden matarnos si nos enfrentamos a ellos.

Entonces Celipatencis miró hacia el norte y vio como el océano se iluminaba con los espíritus del mar y como ellos entretejían una brillante red que envolvía totalmente el fondo marino.

Luego volvió la vista a la gran isla y todo estaba cubierto de luz espiritual. Pero donde estaban los shamanes Haush se proyectaban fuertes haces que brindaban un notorio vigor a esa red.

Y nuevamente se vio a sí mismo y a Tenenesk cómo ambos producían una emisión de destellos y rayos que bañaban de una gran energía espiritual un área de kilómetros a la redonda.

Entonces Tenenesk se elevó por el aire y Celipatencis lo siguió.

A gran velocidad su viaje alcanzó primero la costa norte de la gran isla.

Adivinaban la presencia de seres vivos por la irradiación de energía de sus espíritus. Bandadas de aves de luz se cruzaban en su camino.

Sobrevolaron un campamento Selk'nam y se veía claramente como se entretejía entre sus integrantes una red energética que alimentaba

y se unía a los otros seres vivos de plantas o animales que les rodeaban.

Tenenesk dijo:

-Debemos cruzar el gran estrecho y debemos procurar recordar el camino que hemos tomado, pues de regreso a nuestros cuerpos físicos debemos hacer el recorrido inverso.

Volaron sobre el gran estrecho.

Tenenesk mencionó que no sabía nada de lo que había del otro lado. Sólo conocía lo que se contaba en viejos cuentos mitológicos y que debían estar alertas.

Alcanzaron la ribera norte y Celipatencis sintió una fuerte presencia hacia el oeste.

Fueron hacia allá volando sobre una cadena montañosa hasta que llegaron a un gran archipiélago.

En una de las islas más al norte había una potente luz espiritual

Se acercaron y Celipatencis dijo:

- ¡Son los caníbales del norte!

El resplandor provenía de una tienda donde se adivinaban dos figuras:

Una yacía en el suelo y la otra arrodillada a su costado era la fuente de la luz.

Tenenesk dijo:

-La luz proviene de una shamán que asiste la muerte de un anciano.

Ambos se quedaron absortos viendo el espectáculo.

De pronto presenciaron en el momento exacto de la muerte, cómo el cuerpo espiritual se separaba del cuerpo físico y abría los ojos al mundo espiritual por unos instantes y luego con la ayuda de la energía de la shamán su aura se incorporaba a la red energética que rodea a todo lo viviente y que se interconecta con las estrellas y todo el universo.

Desaparecía así como la individualidad energética que había sido contenida por ese cuerpo y esa mente, y ahora se hacía parte del Todo, que ahora se enriquecía con el poder energético que había cultivado el anciano durante su vida terrena.

Entonces la Shamán captó la presencia de los espíritus del Haush y el Yámana. Volteó la cabeza y les miró.

Celipatencis nunca había visto algo tan hermoso como esos profundos y bondadosos ojos.

Entonces ella les preguntó quienes eran.

Tenenesk le dijo que un Shamán Haush y un Yámana.

- ¡Un caníbal del sur! - respondió ella.
- ¡No somos caníbales como ustedes! - espetó Celipatencis.
- ¡Nosotros tampoco! - contestó enojada la shamán Kaweshkar.

Tenenesk le contó acerca de la importante misión y ella lo comprendió de inmediato pues también había percibido la perturbación. Entonces Tenenesk le pidió que les ayudara a elevarse lo mas alto posible y así de una mirada encontrar al resto de los shamanes.

Entonces ambos alcanzaron una gran altura hasta salir de la atmósfera y al mirar a la tierra descubrieron miles de puntos centelleantes, tanto en el mar como en la tierra, los cuales parecían estar más concentrados hacia el sur.

Tenenesk dijo que cada uno de ellos era un shamán.

Decidieron ir a convocar sólo a los más fulgurantes.

Descubrieron que el territorio al sur de la gran isla era muy vasto y que se ensanchaba a medida que avanzaban al norte.

Durante un largo periodo fueron contactando a los shamanes, algunos que habitaban los enmarañados archipiélagos y canales, y otros los bosques o planicies del oriente.

Llegaron a un lugar donde ya no habían archipiélagos y contactaron a un shamán Reche, el que les advirtió tener precaución al ir demasiado al norte pues allí existía un pueblo que practicaba sacrificios humanos, adoraban al sol y sometían a la fuerza a las tribus que invadían, y que todo ese sufrimiento generaba oscuros espíritus que dañaban la frágil matriz del mundo espiritual.

Tenenesk comprendió el riesgo, pues si un espíritu maligno interfiriera con la red de luz, podían sufrir la desconexión de ambos desapareciendo sus espíritus lo que sería peor que la muerte.

Pero debían avanzar lo más al norte posible para que fueran representados en el concilio la mayor cantidad de pueblos.

Iban notando como el paisaje se hacia cada vez más árido y como muy al norte se veían torbellinos de oscuridad que parecían tragarse la matriz de luz.

Como se hacia cada vez más riesgoso avanzar decidieron regresar, pero antes debían encontrar un lugar donde realizar el concilio.

Tendría que ser un lugar prístino, alto y energético.

El Shamán Reche les había hablado del valle de Ayün.

Quedaba enclavado al centro de un anillo de volcanes, sobre una empinada meseta en la cual había varias lagunas rodeadas por añosos árboles llamados pewen.

Una vez hecho esto regresaron a sus cuerpos que les aguardaban en el mundo terreno.

XXVIII EL VALLE DE AYÜN



Celipatencis abrió los ojos y ya amanecía, pero descubrió que los Haush habían construido una improvisada tienda para protegerlo del frío y el viento.

Después lo llevaron de regreso al campamento donde vio con sorpresa y agrado una cara conocida.

-Te debo el que me hayas ayudado con el shoort así que vine a ver que estés a salvo-, dijo Lioren.

Ese día descansó y comió.

Al atardecer se le acercó un Haush al que había visto varias veces realizando labores de diferente índole y no le había llamado mayormente la atención.

-Yo soy Tenenesk.

A Celipatencis no le pareció el mas grande Shamán profeta de la Gran Isla. De hecho, era muy joven, pero sí tenía esa rimbombante y solemne forma de hablar que mostró en el mundo espiritual.

Con lenguaje de señas le dijo:

-Necesitamos planear nuestro viaje lo antes posible.

Y sin dar tiempo para mayores presentaciones prosiguió:

-Acompáñame, tengo algo que mostrarte.

A pocos pasos Tenenesk había hecho una recreación con tierra del territorio que habían recorrido en la noche.

Y dijo:

-La tierra del norte es como la gran isla. Hacia el oriente hay grandes planicies muy buenas para el rápido desplazamiento de un Haush, y al poniente hay cientos de islas y canales muy propicias para que navegue un Yámana del mar.

-Por eso creo que debemos separarnos y reencontrarnos en el valle de Ayün, y en el

viaje cada uno deberá recoger a los shamanes que estén en el camino.

-Los que están al norte de Ayün vendrán solos.

-Pero hay un problema. Primero deberemos cruzar el estrecho. Nunca un Haush o Selk´nam lo ha hecho, no tenemos piraguas y aunque las tuviéramos no creo ser capaz de subirme a una. El hecho de separarme de la tierra y balancearme sobre las frías y profundas aguas me aterra.

Celipatencis no podía creer la cara de temor que oscurecía el altivo semblante del más grande profeta de la tierra de brujos.

-No temas, yo construiré una piragua suficientemente grande para que quepamos los dos. Además recuerda que soy un Yámana del mar.

De pronto se oyó una voz desde atrás.

-Tendrá que ser más grande pues seremos tres- dijo Lioren.

Después de descansar y alimentarse por dos días iniciaron la caminata hacia el estrecho siendo acompañados por diez Haush.

Fueron avanzando por las praderas sin separarse demasiado del mar. Se trataba de alcanzar un punto donde se decía que la tierra de más allá se encontraba más cercana, y se pensaba que allí existió un puente de tierra que en marea baja permitía cruzar caminando a la otra orilla, hasta que un cataclismo lo destruyó.

Durante el viaje rápidamente fue aprendiendo el idioma del resto de la compañía.

Luego de tres semanas de arduo viaje acamparon a orillas del estrecho y Celipatencis inició la construcción de la piragua.

Fue junto a varios Haush a un bosquecillo cercano y durante tres días se dedicaron a la construcción de la embarcación.

La canoa Yámana se construía con corteza de Ciprés o Coihue y para desprenderla del árbol elegido participaban tres personas. Uno era amarrado a una cuerda cuyo extremo opuesto era lanzado sobre una rama fuerte, siendo jalada por los otros dos, levantándolo en vilo, alcanzando así la parte alta del árbol, desde ahí se procedía a realizar los cortes para ir desprendiendo la corteza. Se obtenían así tres trozos que luego serían moldeados con piedras y fuego. Luego con taladros de hueso se les realizaban perforaciones a lo largo de los

bordes que servían para coser las piezas entre ellas, dejando dos a los costados y otra al fondo a modo de quilla. Finalmente, la construcción era reforzada con juncos que se ubicaban transversalmente y se calafateada e impermeabilizada la canoa con barro y grasa.

Celipatencis debió construir una piragua más grande de lo habitual para soportar el peso de los gigantes de la gran isla.

Cargaron pertrechos y las mejores pieles. Tenenesk llevaba su tocado de plumas y su arco y flechas pues debían cazar para alimentarse durante la larga travesía. Lioren también llevaba el suyo pues se sentía responsable de proveer de alimento a Celipatencis.

Prendieron una hoguera en la piragua y el pequeño se subió con gusto pues para un Yámana su canoa era casi como su casa.

Pero ni Tenenesk ni Lioren parecían interesados en embarcarse.

Más bien de sus rostros asomaba una cara de miedo casi infantil, como a punto de caer en llantos y sollozos.

Entonces Celipatencis comenzó a darles confianza:

-Vamos, ustedes son los más altos y fuertes cazadores del sur, no les pasará nada. Y recordó su experiencia en el Cabo de Hornos.
- ¡Hay una tonina que cuidara de nosotros!

- ¿De verdad? -se alegró Tenenesk.

- ¿Si caigo al agua ella me rescatará? - preguntó Lioren.

-Si, no teman y suban- aunque dudaba que esa Tonina que le salvó la vida hubiera dado ese gigantesco rodeo a la gran isla para seguirlo.

Y temblando de miedo subieron a la canoa.

-Ahora tienen que estar sentados y quietos-dijo Celipatencis -, primero remaré yo y después nos iremos turnando pues nos espera una larga navegación.

Al pequeño Yámana le parecía increíble hacer de jefe de esos altivos cazadores.

Comenzó a remar y el mar estaba en calma, se despidieron del resto de los Haush quedando de acuerdo de estar esperando el regreso de

los viajeros, y para celebrar la llegada prenderían hogueras.

Se internaron cada vez más en el mar y la piragua comenzó a balancearse producto de las corrientes y olas que se hacían cada vez más fuertes a medida que se acercaban al centro del estrecho.

Las caras de temor de Tenenesk y Lioren pasaron a ser de pánico.

Se comenzaron a mover poniéndose de pié gritando.

Parecían verdaderos niños asustados, ello hacía peligrar la estabilidad de la piragua.

Por más que Celipatencis los trataba de calmar ellos parecían perder totalmente la razón.

Pero de pronto una tonina saltó sobre la piragua dejando perplejos a todos. Reapareció haciendo increíbles piruetas por los aires.

Entonces Celipatencis advirtió en su aleta dorsal un profundo corte.
¡Era ella!

Entonces gritó:

- ¡Siéntense ambos, ahí está la tonina protectora!

Entonces los gigantes milagrosamente se calmaron.

Y el niño le arrojó una cuerda.
Pero esta vez Zasaret había reclutado a dos briosas orcas siendo llevados rápidamente a la otra orilla.

Antes de desembarcar en una playa Celipatencis agradeció con una caricia a la tonina por haberle salvado la vida dos veces.

Caminaron hacia una columna de humo que estaba no muy lejos de ahí.
Se acercaron y vieron a un grupo que les esperaba.

Llegaron donde ellos y eran muy parecidos a los Selk'nam en porte, pero ataviados en distinta manera.

Se adelantó uno de ellos y se identificó.

Sorprendentemente el idioma, aunque distinto, era entendible por Tenenesk y Lioren.

Se trataba del shamán Aonikenk que habían contactado en el viaje espiritual.

Habían decidido que en ese punto debían separarse.

Lioren y Celipatencis abordarían nuevamente la piragua y comenzarían a viajar al oeste hasta alcanzar el gran mar, y Tenenesk continuaría por tierra junto a los Aonikenk.

Acordaron reunirse en el valle de Ayün y de comunicarse en cada noche de luna llena en el mundo espiritual.

Entonces el Yámana y el joven Selk'nam abordaron la piragua y comenzó el trayecto. Fueron ayudados por dos orcas y la tonina.

Al final de cada día recalaban en alguna bahía protegida.

La tonina se preocupaba de pescar peces que arrojaba dentro de la piragua por lo que no les faltaba alimento.

Al tercer día las orcas fueron reemplazadas por otras dos descansadas.

La tonina sin embargo no los dejó solos salvo

cuando salía a cazar peces.

Así avanzaron hasta enfrentar la temida costa del Pacífico.

Las olas se elevaban varios metros por lo que decidieron esperar una noche antes de proseguir.

Esa noche era luna llena, así que inició un trance para encontrarse con Tenenesk.

Entonces se elevó y no fue difícil encontrar la enorme aura.

Se reunieron y Tenenesk dijo que su cuerpo físico estaba bien pero su espíritu padecía una enorme nostalgia de sentir el abrazo de su propia tierra, sintiéndose desarraigado.

Celipatencis también sentía lo mismo desde que dejó Lapataia y se adentró en la tierra, pero ya se había acostumbrado a esa triste sensación, lo que se sumaba al hecho que extrañaba muchísimo a sus padres. A veces cuando todos dormían lloraba en secreto, sin que nadie le escuchara, pues pensaba que no debía demostrar debilidad.

Luego antes de regresar a su cuerpo decidió explorar hacia el norte y vio que después de

traspasar un trecho frente al mar abierto se podía ingresar al enorme archipiélago lleno de canales protegidos.

A la mañana siguiente había un excelente clima y decidieron partir.

Las orcas rápidamente llevaron la piragua y cuando iban a comenzar a cruzar el trecho más peligroso se vieron rodeados por decenas de ballenas de diferentes especies que acompañaron el difícil paso.

Luego siguieron avanzando hasta que una columna de humo los llevo al fondo de una bahía.

Celipatencis había escuchado escalofriantes historias sobre los terribles caníbales, pero después de conocer espiritualmente a esa shamán Kaweshkar pensó que nuevamente sus temores no eran reales, tal como lo eran respecto a los gigantes de la Gran Isla.

Llegaron a la orilla y ya los esperaba ella, con un grupo de navegantes, con sus piraguas preparadas para el viaje. Todos se asombraron al ver al gigantón de Lioren, y cómo eran secundados por un ejército de cetáceos.

Iniciaron el recorrido y navegaron por varios días. Zasaret a su vez había reclutado a más orcas para ayudar a la pequeña flota de piraguas.

Luego de pasar un trecho muy agitado, los Kaweshkar avisaron que ya no se podía seguir por mar, pues más allá habría que salir a mar abierto.

Entonces enfilaron para la costa y entraron subiendo río arriba.

Ese río traía muy poca corriente por lo que no fue dificultoso remontarlo. Llegaron a un punto donde debieron descender de las piraguas arrastrándolas sobre un terreno fangoso. Zasaret entendió que debía dar un gran rodeo para recibir a la escuadra del otro lado. El Selk'nam tomó la cuerda y comenzó a jalar con fuerza, dejando atrás rápidamente al resto del grupo. Así llegaron a una playa que se enfrentaba a un gran lago de agua salada, en cuya orilla oriente había un bellissimo glaciar.

La shamán Kaweshkar, dijo que ese paso o istmo era usado para comerciar con los Chonos, canoeros del norte, pues no era posible rodear la gran península que se adentraba en el tormentoso mar abierto.

Aquí retomarían el viaje por mar.

Reiniciaron la travesía, y en el camino fueron recogiendo a otros shamanes que les esperaban.

Hasta que arribaron al final de las rutas del mar, donde no quedaba más remedio que seguir a pie.

Se había convocado a un grupo de al menos cien personas. Decidieron dejar las piraguas al resguardo de un toqui del sector.

Iniciaron la caminata por un increíble bosque de árboles gigantes.

Estaba asombrado por la variedad de animales y plantas que aparecían, la mayor parte de ellas que jamás había visto.

En este caso los lugareños les dijeron que se trataba de un bosque de lawenes.

Eran árboles que poblaban casi todo el valle.

Avanzaron durante varias semanas hasta que llegaron a un lago de agua dulce.

En sus contactos espirituales con Tenenesk, él le había contado que después de un difícil paso

por la cordillera ya había arribado al valle de Ayün y que habían llegado extrañas personas desde el norte, incluso había uno que había partido desde una isla mas allá del gran océano, a la que llamaba Rapa Nui. Celipatencis y Tenenesk no lo habían contactado en el viaje espiritual, así que habría sido también encomendado en la misión por el espíritu de la Gran Ballena.

Fueron bordeando ese lago hasta que llegaron a una abrupta montaña, la que debían subir por un estrecho sendero.

Llegaron a la cima y descansaron junto a un hermoso árbol, y de ahí se apreciaba trataba de un monte con una cima plana, cuya amplia meseta tenía varias lagunas rodeadas de pewenes. Era el Valle de Ayün.

XXIX EL CONCILIO DE SHAMANES



Cepilatencis sentía como el poder de ese lugar hacía que se reconectara a la tierra. Era como si el suelo se comunicara directamente con su propia nación, tan lejana ahora.

Ese joven pewen ante el cual se encontraban parecía darles la bienvenida, siendo tal vez el portal para entrar a este sagrado lugar. Tocó su tronco y sintió cómo se conectaba su vitalidad con el cielo y la tierra.

Llegando arriba vio un gran campamento donde había cientos de tiendas.

Deambulaban personas de las más distintas culturas.

Celipatencis miraba con total asombro tal diversidad de personajes, pero indudablemente quien acaparaba mas miradas era su amigo Lioren, con su magnífico porte y angulosos rasgos.

Lo que le llamó la atención también eran los complejos ropajes de la mayoría de los concurrentes.

La indumentaria estándar de un Yámana solo consistía en un colgajo de piel en la espalda o “tuweaki”, que permitía que el fuego frente a él irradiara mejor contra el cuerpo desnudo. Sí tenían la precaución de engrasarla por dentro para aumentar su vida útil. Usaban además un taparrabos y sandalias de cuero. De los fríos intensos además se protegían untándose el cuerpo con una mezcla de aceite de pescado y polvo rojo de baya quemada.

Estaba aclimatado al frío extremo, por lo que en esa latitud sentía un calor tremendo, por ello no comprendía como algunos de los que ahí estaban se quejaban de frío y se cubrían con todo lo que tenían a mano.

La caravana del mar había tardado más de siete meses en hacer el viaje.

Ya había terminado de transcurrir el verano y el otoño dejaba sentir la disminución de las temperaturas, que en ese valle de altura en invierno incluso lo dejaba cubierto de nieve.

De improviso se les acercó Tenenesk y alegremente se abrazaron los tres primeros viajeros.

Tenenesk les explicó que los Rechos habían organizado en forma excepcional la alimentación y mantención del concilio, pues tenían un orden social muy complejo, que además les permitía en épocas de guerra contra el Imperio del Sol que intentaba invadir desde el norte, erigir un solo gran ejército, y cuando guerreaban para defender la tierra, se hacían llamar Mapuche. De hecho, gracias a ellos el avance de ese Imperio se había detenido, manteniendo a salvo a quienes habitaban más al sur.

Entonces Tenenesk los llevó a la tienda que le tenían preparada a Celipatencis. Estaba ubicada en el centro del campamento y en la entrada estaba el símbolo que la identificaba como la del jefe máximo del concilio.

Y Tenenesk exclamó:

- ¡He aquí a Celipatencis, el shamán del Sur!-, repitiendo la frase en varios idiomas, que el sabio y profeta Haush ya estaba aprendiendo con rapidez, siendo a su vez traducida en otros idiomas por otros de los concurrentes.

Y todo el mundo se tornó a mirarle con asombro.

Celipatencis ya se había acostumbrado a su apariencia, por lo que no se percataba del impacto que provocaba la total y absoluta translucidez de su piel que permitía ver el correr de su sangre, y el suave resplandor de su alma.

Así también eran inusuales las pieles que cubrían a esos extranjeros, pues una buena parte de quienes estaban allí usaban telas con coloridos diseños.

De hecho, Tenenesk había tenido que desafiar al resto a un encuentro shamánico para demostrar que realmente él era uno de los dos espíritus que convocaron a este concilio, pues a primera vista parecía al resto ser un hombre primitivo.

Ahora su voz era muy respetada pues con enorme facilidad se había impuesto en el encuentro.

Por ello todos esperaban expectantes la llegada del shamán Yámana del mar.

Al ser presentado todos alzaron una gran ovación que duró varios minutos.

Celipatencis no podía creer que el fuera el centro de toda esa atención y le hacía recordar nuevamente la gran responsabilidad que caía sobre sus hombros.

Entonces decidieron descansar sólo un par de días del largo viaje, pues el rudo invierno ya se aproximaba, y sería muy difícil para muchos de los llegados del norte soportar una helada nevada.

Se pasó la voz respecto al momento en que se iniciaría el concilio y muchos grupos comenzaron a realizar rituales y cantos de meditación, que a pesar de ser ejecutados por shamanes provenientes de lejanas culturas y en disímiles lenguajes, al escucharse al unísono parecían armonizar creando un evocador y hermoso coro.

En la noche del concilio el cielo se presentó absolutamente limpio, que permitía ver claramente la estrellada bóveda celeste. Corría una tibia brisa, y las aves y animales nocturnos

guardaron un reverencial silencio, por lo que solo se escuchaba el suave batir del follaje del imponente bosque de pewenes que abrazaban con sus ancestrales siluetas la ceremonia.

Se dispusieron los shamanes en torno de la laguna principal de ese valle, la cual tenía alrededor de trescientos metros de diámetro lo que permitía que todos se vieran entre sí.

Pese a ser muy pequeño, Celipatencis resaltaba en la oscuridad por el suave fulgor que se desprendía de su cuerpo, el que se reflejaba en la laguna junto con las estrellas.

Tenenesk le dijo que se pusiera de pié para indicar a todos que iniciaran la meditación. Así lo hizo en Yámana, y Tenenesk se encargó de traducir en los idiomas que él ya conocía, los que a su vez se fueron traduciendo al resto de las lenguas por otros.

Y todos se colocaron sus tocados y adoptaron las posiciones de meditación propias del shamanismo de cada pueblo.

Entonces uno de los shamanes del norte comenzó a ejecutar una delicada melodía en una gruesa flauta ceremonial de caña llamada moxeño, a la que se sumó el tañir de los

Kultrunes de los Machis y tambores, y el canto en distintos lenguajes.

Se empezó a crear un coro de voces e instrumentos que, a pesar de ser muy diverso, parecía haber sido ensayado incansablemente pues fluía con absoluta armonía y coordinación.

Ello ayudó a que todos entraran en trance shamánico, creándose al centro de la laguna un fulgor que representaba la fusión de las conciencias de cada uno de ellos. Se configuró algo así como un pensar colectivo, gracias a la suma de todos los poderes de los shamanes asistentes.

Las montañas y los árboles fueron reemplazando su apariencia física para mostrar su identidad espiritual.

Ese fulgor fue aumentando su brillo y comenzó a ascender.

Se elevó sobre las montañas y siguió subiendo hasta poder abarcar en una mirada gran parte del planeta. Se veía claramente ambos océanos, y en su centro el triángulo de tierra que terminaba en el cabo de Hornos.

Regresaron en el tiempo a los orígenes, y de la tierra brotaba una diáfana luz espiritual, que se

mezclaba con hermosos tonos verdes de la tierra y azules del mar.

Pero en un momento, muy al norte, y casi al otro lado del planeta, descubrieron que lentamente se comenzó a engendrar la oscuridad.

Ella provenía de los hombres que estaban abandonando el camino del espíritu.

Y vieron como se enfrentaban y se mataban entre sí por miles, como doblegaban a la naturaleza.

Como surgían belicosos imperios que esclavizaban a los pueblos conquistados para que construyeran templos de piedra y tumbas para los jefes de cada cultura guerrera.

Había tanto dolor.

Durante miles de años se sucedieron horrendas luchas en todo el norte, convirtiéndose en un mundo de espíritus malignos y errantes. Los hombres ya habían casi perdido su conexión con la matriz energética universal, y al morir también desaparecía para siempre el alma que no lograba ser canalizada al Todo.

También vieron como surgían algunos bondadosos profetas que trataban de detener

esta vorágine de destrucción, pero también cómo las enseñanzas de ellos eran convertidas en religiones, que en manos de poderosos sacerdotes eran transformadas en más guerras, en pos de imponer a la fuerza sus doctrinas.

Pero también se dieron cuenta que el Sur de América era uno de los pocos lugares donde aun no había llegado la oscuridad.

Sin embargo vieron como el imperio al norte, de los adoradores del sol, intentaba invadir el sur, siendo detenido por los mapuche, los que a pesar de conocer el arte de la guerra, solo lo practicaban para defender la tierra y su espíritu, volviendo a convertirse en Reches, hombres de la pureza, una vez concluido cada conflicto.

Todos imaginaban que la amenaza por la cual se había convocado el concilio era una nueva y terrible incursión de ese imperio, pero muy lejos al norte, al otro lado del océano del oriente se comenzaron a desprender gotas del mal, que comenzaron a manchar de negro la zona central de América.

sintió un gran estremecimiento al darse cuenta que el viaje espiritual del concilio ya había llegado al tiempo presente y por un momento se dejó llevar por el pánico y por poco abandona la

meditación, pero Tenenesk, con su gran experiencia lo tranquiliza, y usando sus capacidades proféticas, encauzó los poderes unidos de los Shamanes en un viaje al futuro.

Entonces con pavor vieron como esas gotas se iban transformando en una negra tormenta que empezó a caer sobre el sur, y una enorme y oscura ola comenzó a arrasarse con todo a su paso.

Y los hombres del norte llegaron desde el mar y quemaron las selvas sagradas, arrasaron los bosques, llenaron de sangre el océano, matando casi hasta la extinción a los seres pensantes del mar, y matando con veneno y armas de fuego a los hermanos de la tierra. Y junto a ellos un vaho de enfermedad que iba infectando a los pocos sobrevivientes, muriendo el último Yámana, el último Selk'nam, el último Haush, el último Aonikenk...

Y los hombres del Norte crearon armas terribles que mataban toda vida a kilómetros a la redonda, y el planeta verdeazulado se tornó gris y muerto.

Abrieron todos los ojos

Los rostros desencajados daban a entender que

ya no había salida al destino. Las fuerzas de la oscuridad eran demasiado poderosas.

Pero debían de avisar a sus respectivos pueblos para prepararse a conservar en el sur al menos una luz de espiritualidad para los tiempos que se avecindaban.

Y cerraron un secreto y desesperado pacto.

A la mañana siguiente rápidamente se comenzó a levantar el campamento.

Los Reches se habían reunido y parecían determinados a convertirse en Mapuche para siempre haciendo frente al mal, olvidándose de su pasado Reche, transformándose en un pueblo guerrero hasta el fin de los tiempos.

Celipatencis inició junto a Lioren y los otros shamanes que había recogido, el viaje de regreso, el que prometía ser muy penoso pues transcurriría durante el invierno.

Luego de varios meses de largo y triste viaje al fin llegaron a la entrada del estrecho, y mientras lo recorrían se corrió la voz del regreso del gran shamán del sur, prendiéndose hogueras en las riberas avisando el trascendental hecho.

XXX CHONOS



Par diez, por fin por la santa madre, ¿es posible que sea verdad?

El rostro de Fernao Magalhais se iluminó borrándose por un momento las marcas de las innumerables penurias que había sufrido desde que se le ocurrió la loca idea de encontrar un paso al otro mar, durante las largas reuniones que había tenido con su amigo geógrafo y astrónomo Ruy de Faleiro.

Había soportado que su propio rey Manuel de Portugal le negara la posibilidad de hacer su viaje, tildándolo de loco, siendo obligado honrar a un rey extranjero como el emperador Carlos V, teniendo incluso que castellanizarse el nombre.

Todo el viaje había sido bajo el acecho de los motines, las enfermedades y el hambre. Había

tenido que mantenerse a sí mismo como prisionero a bordo del barco desde que zarpó de Sevilla con temor de que al desembarcar lo dejaran abandonado a su suerte en esos salvajes confines.

Pero cuando después de tres días regresó Duarte Barbosa, al mando de los pequeños navíos de exploración, con la esperanzadora noticia que no habían encontrado ninguna barrera que impidiera seguir adentrándose en ese ancho brazo de mar, todo pareció valer la pena.

Y dio instrucciones de levar anclas.

Cautelosamente comenzó la flotilla a adentrarse en el amplio canal, controlando constantemente la profundidad, mientras se cartografiaba minuciosamente sus costas.

Al caer la noche apareció un sobrecogedor espectáculo:

En todo el borde costero ardían miles de hogueras.

Entonces Fernao Magalhais exclamó
- ¡Esta es una tierra de fuegos!

Y el escriba rápidamente plasmó en la carta de

navegación que estaba dibujando, el nombre de “Tierra del Fuego”.

Celipatencis sintió como nunca esa sensación de estremecimiento en el mundo espiritual, salió de la tienda y vio como en el estrecho se acercaban tres gigantescas piraguas que llevaban adosadas unas enormes alas de albatros, las que parecían inflarse con el viento haciendo desplazarse a esas imponentes moles. Y sobre ellas divisó hombres de oscuros semblantes cuyas vacías miradas parecían carecer de alma.

Y llorando dijo.

-Llegamos tarde.

-Ya están aquí.

-Ya están aquí.

El 20 de noviembre de 1520 fue descubierto el Estrecho de Magallanes.

En aquella época el descubrimiento de América había despertado en Europa despiadadas ansias de apoderarse de las riquezas del nuevo mundo. Era la oportunidad de muchos para obtener tierras, oro y vasallos con poco

esfuerzo, abriéndose paso con la espada y la fuerza.

Además, milenios de guerras les hacían dueños de una gran astucia militar que les permitía dominar con pocos soldados a estos pacíficos pueblos.

Pero ello había iniciado una nefasta rivalidad entre Portugal y España.

Para evitar el riesgo de iniciar una guerra los monarcas decidieron, a través de la mediación del Papa, simplemente partir el planeta Tierra en dos.

De las islas Azores al sur serian para Portugal, y de ellas al norte, de España, pudiendo conquistar y someter a los indios, explotar la tierra y robar el oro que encontrarán en las respectivas particiones.

Y en 1532 llegaron los primeros Españoles a Chile, pero chocaron con la férrea resistencia de los Mapuche, la que impidió durante mucho tiempo la invasión hacia el sur.

Pero por vía marítima lograron salvar esa barrera llegando los europeos a la zona de Chiloé.

Los primeros pueblos canoeros afectados por

esa influencia fueron los habitantes del Archipiélago de los Chonos, por lo que su temprana extinción prácticamente no permitió conocer de su cultura.

Mientras los loberos y los ganaderos se comenzaron a tomar la tierra y el mar, tratando a los habitantes originales como si fueran una especie inferior.

A veces raptaban a una joven para luego abandonarla en una isla desierta a morir de hambre.

Otros contrataban cazadores profesionales y pagaban por cada Selk'nam muerto.

Se conoce la historia que una vez un ganadero quiso pedir perdón a los antiguos habitantes de la Patagonia por haber usurpado sus tierras y los invitó a un banquete. La carne estaba envenenada y murieron por cientos, hombres, mujeres y niños.

Y pasaron las centurias y la memoria se fue borrando.

Los Mapuche olvidaron su origen Reche, se extinguieron como cultura los pueblos australes y el mundo espiritual y natural inició su larga agonía.

Pero el pacto había sido realizado, y debieron pasar quinientos años para que un descendiente fuera llamado a cumplir la misión.

Todo se inició en un extraño sueño,
El sueño de Juan Sebastián...

Fin



A continuación: Créditos, mapa y más:



Escrita por Joaquín Ipinza, Obra registrada (ISBN).

Ilustraciones Omar Galindo,

Pintura "Celipatencis" María Gloria Herreros.

Informaciones y contratación de conciertos multimedia:

dripinza@yahoo.com www.ipinza.cl.

Capítulos del I al X en disco "Sur Profundo", XI al XX en disco

"Australis", editados por Mundovivo. www.mundovivo.cl.

Puedes descargar esta novela en formatos para dispositivos móviles
aquí: www.ipinza.cl.





Agradecimientos:

A Mundovivo y su gente por el apoyo en la edición de esta novela musical.

Al Fondo de la Cultura y las Artes de Chile por el financiamiento de la mezcla, masterización, diseño de carátula y copiado de los discos.

A Rodrigo Muñoz y a Prabha por el apoyo en que sonara todo bien. A los diferentes músicos que aportaron con su talento.

Y especialmente a ti por entregar tus sentidos en recibir este trabajo.

Nota del autor:

¿El pueblo más austral del mundo se llamaba Yámana o Yagán?

Lamentablemente no está muy claro, pues la primera palabra ha sido rechazada por las dos últimas representantes de ese pueblo indicando que quiere decir "hombre", o "del sexo masculino", y la segunda fue inventada por el misionero colonizador de Ushuaia, Thomas Bridges:

"Di a estos nativos el nombre Yahgan porque era apropiado. El estrecho Murray, cerca del cual se estableció nuestra misión y llamado por los nativos Yahga, puede ser considerado el centro de su territorio y el idioma al modo en que allí se habla es el que yo aprendí y esta es su forma más pura, siendo la que está al medio entre sus variedades habladas al sur, al este y al oeste. Por las razones anteriores, Yahgan pareció un nombre adecuado y ahora es conocido así en todas partes."

"I gave these natives the name Yahgan because it was convenient. The Murray Narrows, near which our Mission was established, called by the natives Yahga, may be considered the centre of their land and the language as spoken there was that which I learned, and its purest form, being the mean between its varieties spoken Southward, Eastward and Westward. For these reasons Yahgan seemed a suitable name, and is now known everywhere".

Joaquín Ipinza